
*Christian Mignon **

*A propósito de la
agricultura familiar
en la Andalucía
mediterránea
Del sistema tradicional
a la explotación campesina
modernizada*

Previamente a los ejemplos concretos que seguirán, las pocas observaciones generales presentadas a continuación no tienen otro motivo que el de proponer una base de discusión sobre la naturaleza exacta de la agricultura familiar, fenómeno cuyo enfoque se hace, a veces, difícil por la confusión de los términos utilizados o la amalgama de realidades heterogéneas que recubre.

I. ALGUNOS PROBLEMAS DE VOCABULARIO

¿Qué es la agricultura familiar? *A priori*, la cuestión puede parecer perfectamente ociosa. Lo parecerá tal vez menos si se quiere admitir la dificultad de proponer una definición precisa de esta fórmula corrientemente empleada: *la explotación familiar es la que funciona sin recu-*

(*) Universidad de Clermont II. Traducción de Emilio Gómez Manzanares.

rrir —si no es modesta o excepcionalmente— a una mano de obra asalariada exterior a la familia.

La diversidad de los términos que responden a la misma definición subraya su incertidumbre: «explotación familiar», «explotación campesina», incluso «microfundio» o «explotación a tiempo parcial» pueden así ser utilizadas en sentidos próximos y entretener la confusión.

La diversidad de situaciones recubiertas por una noción tan vaga no es menos evidente. Tomemos algunos ejemplos: el de una explotación de 50 ó 100 hectáreas potentemente mecanizadas en las tierras fértiles del norte de Francia; el de una *dehesa* de ganadería extensiva de un centenar de hectáreas en Sierra Morena donde los cercados habrán reemplazado a los hombres; finalmente, el de una pequeña propiedad de cinco o seis hectáreas, que produzca un poco de trigo y algunas aceitunas, en los vertientes de la Andalucía mediterránea. Todas pueden funcionar a partir exclusivamente de la mano de obra doméstica y definirse efectivamente como explotaciones familiares, mientras que la mayor parte de sus caracteres específicos se oponen radicalmente en el plano de los resultados (productividad de los hombres, intensidad de la explotación), como de los medios utilizados (inversión-trabajo o capital).

Es por esto que un esfuerzo de precisión del vocabulario empleado no nos parece inútil. Propondremos, pues, algunas definiciones simples.

1. La explotación campesina clásica

Puede servir de punto de partida y de referencia en la medida en que ella constituye la forma inicial y aún bien representada de la explotación familiar. Sus características determinantes parecen poder resumirse en tres puntos esenciales (1):

a) *Un fuerte apego a la tierra (condición A)*, que se manifiesta con más evidencia en el caso de la posesión del

(1) Véase: George, P., *Dictionnaire de géographie*, P. U. F., París, 1970. Mendras, H., *Sociétés paysannes*. A. Colin, Col. U. París, 1976.

suelo, por parte del *explotante-propietario*. El apego a la tierra puede con frecuencia implicar también la preocupación por trabajarla bien, es decir, prodigarle una labor cuidadosa y —teniendo en cuenta los medios técnicos utilizables— relativamente *intensiva*.

b) *El respeto prioritario de la tradición en el plano técnico* (condición B). La experiencia del medio local interviene en forma decisiva y hace sospechosa toda innovación brutal de origen exterior. La explotación campesina tiende así a prolongar la utilización de técnicas de escasa eficacia donde la energía manual juega con frecuencia un papel importante.

c) *La autonomía familiar*, finalmente, es el objetivo último. Esta resulta de un doble equilibrio indispensable: equilibrio entre la mano de obra doméstica y las necesidades energéticas de la explotación, por una parte (condición C¹), y entre los recursos obtenidos y las necesidades de mantenimiento de la familia, por otra parte (condición C²).

Estos diversos caracteres, reunidos, se expresan mejor en el marco del pequeño policultivo autárquico. Sin embargo, pueden encontrarse, asimismo, en el caso de los sistemas antiguamente abiertos y especializados (la pequeña viticultura, por ejemplo).

Cuando falta alguno de los caracteres que la definen, la explotación campesina típica evoluciona hacia nuevas formas imperfectas.

2. La explotación campesina degradada

(Microfundio, explotación a tiempo parcial): explotación campesina venida a menos donde la autonomía familiar (condición C) no es realizada ya; el producto de la explotación resulta insuficiente para satisfacer a las necesidades esenciales del consumo doméstico.

Así se define el *microfundio*, cuya deficiencia procede, ya sea del parcelamiento fundiario de la explotación (repartos sucesorios), ya sea de su impotencia para adaptarse a la economía moderna por el hecho mismo de su ineficacia técnica y de una subproductividad crónica.

La explotación a tiempo parcial es la forma última de conservación de la explotación campesina, cuyo equilibrio económico, roto, es restablecido artificialmente por las aportaciones de recursos exteriores. No es ya una «explotación campesina clásica» en la medida en que ni la autonomía económica agrícola (C^1) ni el equilibrio técnico (C^2) (mano de obra excedentaria en relación con las necesidades energéticas de la explotación) están aseguradas.

3. La explotación familiar modernizada

Este tipo de explotación, adaptada a las necesidades de la economía moderna gracias a un fuerte aumento de la productividad, puede teóricamente proceder de dos orígenes distintos:

— De una explotación campesina clásica que ha sabido renunciar a las técnicas tradicionales (condición *B*) en beneficio de nuevos métodos, mucho más eficaces. Por ello, ya no puede aspirar plenamente al título de explotación campesina. Sin embargo, en la medida en que pueden subsistir valores característicos del sistema campesino (apego al suelo, una cierta intensidad cultural y, sobre todo, papel preponderante de la inversión-trabajo), podría reservarse la denominación de «*explotación campesina modernizada*».

— De una explotación capitalista desprovista inicialmente de todos los caracteres campesinos, pero habiendo eliminado el recurso a una mano de obra asalariada, convertida en dispendiosa, para replegarse sobre estructuras familiares. Podría definirse como una «*empresa familiar*» que se distinguiría principalmente de la «explotación campesina modernizada» por el papel preponderante de la inversión-capital (máquinas) en relación con la inversión-trabajo.

La evolución reciente de la agricultura andaluza puede teóricamente ilustrar las dos vías así definidas. Nos limitaremos aquí a evocar brevemente la cuestión del paso de la «explotación campesina clásica» a la «explotación campesina modernizada» en el marco de la Andalucía mediterránea.

nea (2). En este último caso, el mantenimiento de la explotación campesina, actualmente en crisis en su forma clásica, puede realizarse por dos medios: por adición de recursos exteriores a la explotación (agricultura a tiempo parcial) o por transformación técnica de la propia explotación agrícola (agricultura campesina modernizada).

II. LA AGRICULTURA A TIEMPO PARCIAL: ¿SOLUCION PROVISIONAL?

La fórmula de la agricultura a tiempo parcial está muy extendida en la Andalucía mediterránea. Pese a una definición restrictiva, que tiene solamente en cuenta el caso de los jefes de explotación, ocupados más de la mitad del tiempo fuera de la agricultura, el Censo Agrario registra aquí, en 1972, más del 50 por 100 de explotaciones a tiempo parcial. En realidad, con la excepción de algunos focos de agricultura litoral dinámica (cuenca de Vélez, costa almeriense), donde su parte es minoritaria, ellas representan en todas partes dos explotaciones de cada tres, e incluso tres de cada cuatro.

¿Se trata de una vía de progreso o de una simple solución momentánea de supervivencia? El fenómeno es, de hecho, difícil a juzgar globalmente, ya que las situaciones concretas parecen variadas.

La agricultura a tiempo parcial puede, a veces, ofrecer ventajas indiscutibles (mantenimiento de la población rural, inyección de capitales, etc.). Ella presenta también numerosos casos de peligros evidentes: riesgos de bloqueo de fórmulas agrícolas anticuadas o arcaicas, ya que la importancia de los recursos exteriores no hace ya indispensable la modernización de la explotación. Esta última no sostiene entonces más que una actividad accesoria, tanto más frágil cuanto que perpetúa así un sistema agrícola mediocre y caduco.

(2) Mignón, C., *Campos y campesinos de la Andalucía mediterránea*. Próximo a aparecer. Ministerio de Agricultura, Serie Estudios, Madrid.

La importancia de tales riesgos parece, sobre todo, variar en función del carácter más o menos desmovilizador de la segunda actividad: del lugar —próximo o lejano—, donde ésta se ejerce; de la duración de las ausencias que ella implica; de su naturaleza semejante o radicalmente diferente de la agricultura familiar.

Para la Andalucía mediterránea, la agricultura a tiempo parcial no se afirma sino excepcionalmente como una solución susceptible de favorecer la modernización de la pequeña explotación campesina. Por el contrario, bajo su forma más corrientemente representada donde se asocia, sea a las actividades del turismo, sea a migraciones temporales lejanas, conduce más bien a un debilitamiento sensible de las fuerzas de progreso.

La agricultura a tiempo parcial basada en el ejercicio estacional o cotidiano de los oficios del turismo (empleos subalternos de la hostelería y, sobre todo, de la construcción) juega un papel considerable en la proximidad de la Costa del Sol, de Málaga. Su influencia es particularmente sensible en la Hoya de Málaga; en las llanuras fértiles del bajo Guadalhorce, y más aún en las colinas que las limitan por el sudoeste, en las viejas vegas de Coín y Alhaurín.

Rica en notables potencialidades naturales, esta región agrícola parecía destinada a un futuro próspero. El agua es abundante por todas partes: el riego, muy antiguo en el pie de monte de Alhaurín-Coín, ha sido extendido recientemente a la llanura gracias a los trabajos del Plan Guadalhorce. El clima, exento de todo rigor invernal, ofrece las posibilidades de una intensificación máxima a poco que se adopten las técnicas de forzado, puestas a punto en el litoral almeriense («enarenado» y cultivos hortícolas de fuera de estación), o que se sepa sacar partido de un mercado urbano de alto nivel a proximidad inmediata (viveros, floricultura, por ejemplo, para Málaga y las estaciones turísticas vecinas). De hecho, lejos de sacar partido de estos privilegios, la agricultura local conoce por el contrario un malestar evidente al haberse despreocupado de las diversas vías de modernización que se le ofrecían. Sucede todo como si las fuerzas para el cambio se hubieran visto afecta-

das de parálisis. Pues bien —coincidencia demasiado sistemática para ser fortuita—, se constata que, en el espacio, esta sorprendente ausencia de energía innovadora cesa desde el punto en que se debilita hacia el este, a partir de Vélez, la influencia dominante del gran turismo. En la búsqueda de las causas de esta curiosa inhibición agrícola, se ha llegado muy pronto a subrayar el papel desmovilizador de los recursos turísticos, obtenidos por el sistema de la alternancia de actividades.

El fenómeno es particularmente sensible en las antiguas vegas de las laderas de Alhaurín y Coín, donde el desarrollo balneario de los años 1965-70 ha sido poderosamente resentido. No quedan apenas familias que no hayan participado con uno u otro de sus miembros a las migraciones de trabajo hacia las canteras de la costa.

En un primer período, esta oferta de trabajo ha sido ciertamente beneficiosa. El paro latente de una masa de obreros agrícolas subempleados ha podido así ser contenido, sin disminución notable de las poblaciones locales. El turismo ha absorbido así los excedentes de mano de obra, evitándoles el desenraizamiento de una emigración lejana: en Coín, el número de jornaleros, superior a 1.000 en 1953, ha podido descender a menos de 200 en 1973. Igualmente, en la mayoría de los casos, las pequeñas explotaciones familiares (una a dos hectáreas de regadío como media) han podido añadirse una segunda actividad (en 1972, 89 por 100 de los explotantes de Alhaurín ejercían una actividad exterior por más del 50 por 100 de su tiempo) y obteniendo así entradas financieras muy útiles para el equipamiento agrícola. El desarrollo de la pequeña mecanización es bastante revelador en este sentido: desde 1970, el número de motocultores —presentes desde ahora en casi la mitad de las explotaciones— se ha visto multiplicado por dos.

Pero, en definitiva, lejos de servir para la promoción de pequeñas explotaciones modernizadas, la doble actividad ha desembocado muy pronto en una «renuncia por facilidad». Así, el crecimiento del parque de motocultores expresa menos una voluntad de mejora agrícola que la preocupación por reducir el tiempo necesario a las prácticas

culturales, liberándose así al máximo para las actividades exteriores. La posibilidad de obtener fácilmente recursos financieros relativamente regulares y abundantes durante el período del gran desarrollo balneario ha desplazado efectivamente las voluntades de los riesgos y de los esfuerzos de una modernización agrícola que reclamaba audacia y tenacidad. Puede, asimismo, comprenderse el inmovilismo del sistema agrícola, que apenas ha conocido intensificación notable y se ha quedado estancado en las fórmulas tradicionales poco productivas: conservación del pequeño policultivo familiar, que mezcla hortalizas, forrajes y árboles frutales en las mismas parcelas a pesar de una cierta simplificación en beneficio de los agrios y del maíz; ausencia de especulaciones nuevas de alta rentabilidad a pesar de las notables posibilidades locales; ausencia de nuevas instalaciones hidráulicas, si se exceptúan algunas raras captaciones de manantiales de escaso caudal. Por el contrario, signos inversos de degradación aparecen a veces: rechazo de nuevos aprovisionamientos de agua propuestos por el I. R. Y. D. A. en las tierras secas de las zonas bajas renuncia, a veces, a los cultivos regados, considerados como demasiado exigentes, en beneficio de una agricultura de simple recogida, reducida a la arboricultura seca (olivos-almendros), etc.

De hecho, tales comportamientos demuestran la indiferencia de los agricultores hacia una actividad considerada desde ahora como secundaria: se vive del turismo; la explotación es conservada, sobre todo, por el alojamiento que proporcionan los productos de consumo doméstico y algunos ingresos accesorios... tal vez, finalmente, por un último instinto de seguridad.

En definitiva, la agricultura no se ha beneficiado en absoluto de las oportunidades que podría proporcionarle oportunamente la práctica de una actividad exterior. Esta última se ha revelado, por el contrario, extremadamente desmovilizadora, llevando a proteger y después a conservar artificialmente un sistema agrícola caduco, al margen de toda noción de rentabilidad. Sin duda es preciso, de entrada, buscar su causa en el desequilibrio de partida exis-

tente entre dos actividades de naturaleza tan diferente como el pequeño cultivo y los oficios turísticos, pareciendo el primero demasiado ingrato y repulsivo cara a los empleos urbanos, más inmediatamente remuneradores y provistos de un cierto prestigio.

Los efectos negativos de la agricultura a tiempo parcial no son menos sensibles en el caso de una alternancia de actividades, que impone ausencias lejanas y de larga duración. El ejemplo de las comarcas del Alto Genal (Serranía de Ronda) es particularmente representativo de este fenómeno.

En estas rudas montañas, el pequeño policultivo tradicional (cereales, olivos, castaños) es demasiado mediocre para permitir el mantenimiento de las familias sin recursos complementarios. Desde hace mucho tiempo la vida rural encuentra, pues, su equilibrio gracias a una auténtica agricultura a tiempo parcial que asocia a la explotación familiar diversos trabajos, tales como la limpieza de las encinas para la fabricación del carbón, el mantenimiento de los hornos de cal, el transporte con mulas, etc. A partir de los años sesenta, la desaparición brutal de estas diversas actividades locales de complemento ha conducido a la mayoría de los hombres a la emigración temporal hacia la Europa industrial: en ciertos municipios se ha podido registrar la ausencia simultánea de más de la mitad de los adultos masculinos. Privando a las explotaciones de lo mejor de su mano de obra masculina durante largos años, esta emigración ha reducido naturalmente la agricultura a una función accesorio de simple recogida, mantenida por las mujeres o los viejos. Se está, pues, en presencia de una vida agrícola residual que se limita sobre todo a un entretenimiento mínimo y a la recogida de las olivas. Se plantea, por otra parte, la cuestión de la razón del mantenimiento de explotaciones tan marginales cuando lo esencial de los recursos se obtiene fuera. De hecho, más allá del apego sentimental a la tierra natal, que no puede olvidarse, interviene sobre todo la inseguridad del empleo en el exterior, que impone una prudente reserva. Cuando flojean las salidas al extranjero, el pueblo, el campo y la casa familiar constituyen un refugio

irremplazable. Es, por esta razón, por lo que la agricultura del Genal continúa sobreviviendo, a pesar de su extrema mediocridad.

Sin embargo, ciertos hechos recientes (reducción considerable de la emigración temporal y retorno de los hombres; revalorización de algunas producciones de montaña) modifican hoy los datos del problema y plantean el problema de una eventual renovación agrícola. Así, nuevas posibilidades aparecen desde hace algunos años ante el aumento considerable de los precios de la castaña (extraordinariamente precoz aquí) y la puesta en funcionamiento de cooperativas de comercialización. La ganadería «sin suelo» (algunos casos de producción de conejos) podría también ayudar a la reconstrucción de actividades rurales rentables.

En realidad, resulta bastante chocante la apatía de la población. Mientras que existen los medios técnicos y económicos precisos para regenerar una verdadera agricultura familiar que, de partida, podría beneficiarse de algunos capitales amasados por la emigración, la voluntad de emprender parece estar ausente de unos hombres desilusionados y poco inclinados a los esfuerzos indispensables. Tal ganadería «sin suelo», de conejos, prefiere, por ejemplo, comprar en su totalidad los alimentos para los animales, muy costosos, y acepta así una reducción notable en sus beneficios, en lugar de practicar algunos cultivos forrajeros que el tiempo libre, así como la tierra disponible, hacen perfectamente posibles. El pecunio acumulado en el extranjero o las rentas procedentes de alguna pequeña pensión no incitan, ciertamente, a un esfuerzo inmediato...

En definitiva, para la mayoría, el gusto por la empresa ha desaparecido. Los largos años de migraciones y la costumbre ya antigua de considerar a la explotación agrícola como un simple complemento son verdaderamente responsables de esta desmovilización aparentemente irreversible.

Sin embargo, incluso aunque los casos que acabamos de describir son hoy los más numerosos, la agricultura a tiempo parcial no puede reducirse enteramente a ejemplos negativos.

La emigración temporal lejana, pese a la duración de las ausencias que ella supone, no es en sí misma siempre perjudicial a las actividades agrícolas. Ella puede proporcionar en algunos casos el ahorro necesario para las inversiones de modernización: así, por ejemplo, en tal pueblo de la Alpujarra, el paso hacia la ganadería bovina ha sido permitida con frecuencia por los recursos de la emigración, que han aportado el capital necesario para la compra del ganado; así, igualmente, en la región de Vélez, donde el desarrollo de los invernaderos de plástico y del «enarenado» para el forzado de las hortalizas ha sido favorecido algunas veces, en su origen, por las ganancias procedentes de la emigración temporal. Durante la ausencia del interesado, la explotación se mantiene gracias a la ayuda de padres o de parientes, y puede entonces ser considerada como un caso de agricultura a tiempo parcial provisional. A condición de que sea suficientemente breve y no presente reincidencias, la emigración temporal puede, pues, excepcionalmente, facilitar el paso a una agricultura familiar modernizada.

De hecho, se asemeja entonces a las migraciones de trabajo a corta distancia —estacionales o cotidianas— que, al evitar las ausencias prolongadas y una ruptura demasiado neta del ritmo de vida agrícola, favorecen una asociación estrecha entre la explotación familiar y los trabajos exteriores.

Las migraciones *estacionales* —con frecuencia femeninas— entran en este caso; así, por ejemplo, las que provoca, en el otoño, la «faena» (acondicionamiento de la uva de Almería) en el valle del Andárax o las que empujan sobre todo a los montañeses de la Alpujarra central (a partir de Bérchules) hacia el Campo de Dalías. Las jovencitas se emplean allí durante el invierno en la recogida de hortalizas, los hombres participan en verano en los grandes trabajos de entretenimiento y de equipamiento de los «enarenados» y de los invernaderos. Al ayudar al mantenimiento de numerosas explotaciones pequeñas de montaña, de escasa rentabilidad, esta transferencia de capitales, a partir de focos agrícolas activos, evita al menos el éxodo demasiado masivo de la población.

La asociación *permanente* de actividades, que supone un empleo no agrícola en el propio lugar o migraciones cotidianas a muy corta distancia, resulta en general más rara. Esta se realiza, sobre todo, en la proximidad de las poblaciones que están dotadas de algunas actividades artesanales o industriales, alrededor de Alhama de Almería o de Lanjarón, por ejemplo. Por el contrario, dentro del rango de las pequeñas ciudades, las cabezas de partido, de las que podría esperarse una animación eficaz para los campos vecinos, ni Motril, ni Ronda, ni siquiera Vélez son capaces de satisfacer las demandas de empleos complementarios que necesitarían las familias campesinas. El marco urbano resulta, en conjunto, impotente para sostener una agricultura a tiempo parcial sólida, basada en las actividades locales.

Ello nos lleva, pues, a concluir para la Andalucía mediterránea en la escasa eficacia de la agricultura a tiempo parcial que, frecuentemente, acumula las condiciones más desfavorables.

Por falta de empleos cercanos a la agricultura, situados en el lugar o a proximidad inmediata, ésta se ve forzada a apoyarse en las migraciones lejanas y duraderas o en actividades particularmente desmovilizadoras, como el turismo. Aquella se revela entonces más bien nefasta para el progreso de la propia agricultura.

Su papel no es rentable más que en un número limitado de casos, cuando algunos focos agrícolas dinámicos proporcionan empleos estacionales suficientemente numerosos o cuando pequeñas ciudades se revelan capaces de animar, por medio de algunas actividades artesanales o industriales, a los campos que las rodean. Ejemplos de este tipo son raros en la Andalucía mediterránea.

Conviene aún subrayar que la agricultura a tiempo parcial se limita la mayoría de las veces a permitir el mantenimiento de la pequeña agricultura tradicional, sin asegurar —si no es excepcionalmente— la promoción de verdaderas explotaciones campesinas modernizadas. No es entonces sino una solución de espera, el episodio de transición de una «agricultura a tiempo parcial de supervivencia» sobre la

cual parece difícil fundar el porvenir de la pequeña agricultura familiar.

Antes que sobre el recurso sistemático a fuentes de renta exteriores, es sin duda más sobre su renovación interna sobre lo que debe contar la pequeña explotación campesina preocupada por su progreso.

III. LAS POSIBILIDADES DE MODERNIZACIÓN DE LA EXPLOTACIÓN CAMPESINA TRADICIONAL

Para modernizarse y alcanzar un nivel suficiente de rentabilidad, la explotación campesina debe incrementar considerablemente su productividad. Para esto puede, en teoría, escoger entre dos vías: la de la racionalización del trabajo sobre superficies considerablemente aumentadas o la de la intensificación sin engrandecimiento notable del espacio cultivado.

A) *La primera solución* implica la realización de dos condiciones difícilmente imaginables en la Andalucía mediterránea: un engrandecimiento considerable de la explotación y el recurso a la mecanización.

En la práctica, la concentración fundiaria no ha realizado progreso alguno desde hace una veintena de años, a pesar de un violento éxodo rural y de una importante liberación de tierra, abandonada frecuentemente a erial. En la Alta Alpujarra, la talla media de la explotación de vega ha pasado de 1,5 hectáreas a 3 hectáreas pero sigue siendo notoriamente insuficiente. En la Contraviesa, la explotación vitivinícola no ha podido agrandarse más allá de 6 a 7 hectáreas. Se constata incluso, a veces, la tendencia inversa y un parcelamiento creciente: en la región de Alhaurín-el-Grande (Hoya de Málaga), ya evocada anteriormente, las explotaciones inferiores a 5 hectáreas han aumentado sus efectivos en un 6 por 100 entre 1962 y 1972, en detrimento en particular del grupo de tenencias de 5 a 10 hectáreas, cuyo número ha disminuido. Igualmente en el viñedo del Andárx se puede constatar la subdivisión sistemática de las explotaciones más grandes desde que superan las 2 ó 3 hectáreas.

Las razones para tal bloqueo resultan a veces de una verdadera parálisis del mercado de la tierra, de la ausencia de oferta y de la elevación de los precios del suelo hasta alcanzar niveles prohibitivos. La negativa a vender por parte de los emigrados, deseosos de retornar a la comarca en el momento del retiro es, a veces, responsable de esta situación. Sucede incluso que su deseo de comprar nuevas parcelas a no importa qué precio (el prestigio de la tierra está todavía bien vivo, entre los antiguos jornaleros en particular) contribuye a elevar inconsideradamente el coste de la tierra y a impedir a los verdaderos agricultores el acceso al mercado fundiario. En los campos próximos a los focos turísticos, la esperanza de poder vender a precios de terrenos para construir conduce a resultados comparables. En Alhaurín y Coín el mercado del suelo está estancado a la espera de una eventual especulación fundiaria que dejan esperar las primeras construcciones de «chalets».

Pero, más frecuentemente, con independencia de las zonas de especulación fundiaria y de las presiones de los emigrados que retornan, la concentración de las explotaciones está paralizada al tiempo que la tierra disponible es abundante: así, en las vegas de la Alta Alpujarra, donde a veces la mitad del suelo regado está abandonado, o en las laderas vitivinícolas de la Contraviesa. La causa de este fenómeno es esencialmente técnica y, en suma, mucho más significativa de las restricciones que pesan en general sobre la pequeña agricultura de vertientes en la Andalucía mediterránea. A falta de poder mecanizarse, como consecuencia de la pendiente, de la falta de capitales o de la pulverización parcelaria, la explotación no puede agrandarse más allá de las modestas superficies que resultan compatibles con los limitados recursos familiares en términos de trabajo manual: su dimensión permanece en función de las técnicas más tradicionales. Tal es la razón fundamental que permite comprender la ausencia de concentración de la tierra e incluso su parcelación, ya que es preciso renunciar, por ejemplo, a la ayuda de asalariados, que resultan demasiado costosos. Ello explica a la vez la extrema debilidad de la mecanización (un tractor por cada 2.000 hectáreas en la Serranía de Ronda, uno por cada 4.000 hectáreas en Alpuja-

rra, en la Contraviesa y en los Montes de Málaga), y, la mayoría de las veces, la imposibilidad de una racionalización de la agricultura familiar en la Andalucía mediterránea.

B) *La posibilidad de una fuerte intensificación* sobre reducidas superficies condiciona, pues, enteramente el porvenir de la explotación campesina.

En estas comarcas de vertientes ralos y secos, en esta sociedad microfundista desprovista de capitales, los obstáculos físicos y económicos son indiscutibles y, a veces, difícilmente superables. Sin embargo, parece que en muchos casos pueden encontrarse soluciones técnicas que recurran más a la inversión-trabajo que al capital: la «revolución forrajera», el procedimiento de cultivo sobre arena, por ejemplo... Las principales dificultades económicas podrían ser igualmente resueltas: elección de producciones altamente remuneradoras, a consecuencia de su rareza en el mercado regional (leche, carne) o internacional (hortalizas de fuera de estación, castañas precoces de la Serranía de Ronda); cooperación para el equipamiento y la comercialización. Pero, frecuentemente, aunque las dificultades naturales o financieras podrían ser solventadas, el peso de la tradición y la mentalidad campesina representan el auténtico freno al progreso. Es este último factor el que, por encima de los problemas «externos» (inversiones, técnicas) nos parece ser el elemento-clave que permitirá o no la aparición de verdaderas explotaciones campesinas modernizadas.

Una intensificación decisiva de los sistemas agrícolas actuales necesita a la vez un incremento importante de la producción por explotación y una alta valorización comercial de los productos. Ello supone casi siempre la adopción de técnicas nuevas y la agrupación de los agricultores, principalmente a nivel de la venta. Pues bien, ambas condiciones previas se encuentran justamente frente a las prohibiciones más profundas de la naturaleza campesina.

La herencia tenaz de mentalidades rutinarias se traduce frecuentemente por el rechazo de las innovaciones técnicas indispensables. Es ésta la expresión de uno de los términos fundamentales del espíritu campesino (condición *B* de nues-

tra definición. Primera parte). Citaremos a título de ejemplo la reticencia paralizadora de los pequeños ganaderos de la Alta Alpujarra a poner en marcha una «revolución forrajera» que, sobre pequeñas superficies, permitiría un progreso decisivo de la ganadería. En las vegas parcialmente dejadas de lado la extensión de los cultivos forrajeros sería, sin embargo, fácil y mucho más beneficiosa que el mantenimiento actual del viejo policultivo cerealista. Pues bien, este rechazo no tiene más razón de ser que el respeto de la tradición pastoril por parte de los antiguos pastores —los animales deben encontrar ellos mismos su alimento— o el de la tradición alimentaria —la tierra debe ante todo producir para los hombres— por parte de los viejos cultivadores. Se llega así, por razones que escapan a toda racionalidad aparente, a una fórmula demasiado extensiva para poder asegurar el éxito de la empresa.

El individualismo exacerbado del campesino (que deriva de la condición *C* de nuestra definición) hace, en otras partes, extremadamente difícil la organización de agrupaciones cooperativas. Estas últimas serían, sin embargo, indispensables, teniendo en cuenta la atomización de la producción y, en consecuencia, la presión anormal del circuito comercial sobre los precios agrícolas (proliferación de intermediarios, pretensiones exageradas de los mayoristas todopoderosos frente a los campesinos aislados, etc.). Pues bien, a pesar de las estadísticas oficiales que censan toda una pléyade de cooperativas, la mayoría de las veces meramente formales o reducidas a funciones menores (compras de semillas o de abonos), los movimientos de asociación capaces de intervenir a nivel de la salida comercial de los productos son hasta ahora excepcionales.

Son, pues, ante todo bloqueos de su naturaleza profunda los que sufre, de entrada, la explotación campesina, que parece no poder modernizarse eficazmente sin tener que renegar al mismo tiempo de sus propios caracteres fundamentales.

El éxito de ciertas agriculturas campesinas modernizadas subraya, sin embargo, el hecho de que el bloqueo de las mentalidades no es absolutamente insuperable. Demuestra,

sobre todo, que el éxito supone un camino prudente entre el respeto a las mentalidades tradicionales y la introducción de prácticas nuevas. En otras palabras, la transformación de la agricultura campesina debe basarse de partida en los datos tradicionales y no oponerse a ellos, *la innovación debe proceder de la tradición y vincular al campesino con sus raíces.*

Es así, principalmente, como se puede comprender el florecimiento actual de ciertas cooperativas campesinas o, a la inversa, su fracaso en otros lugares. Dos ejemplos bastarán para mostrar este fenómeno.

En la región de Canjáyar-Ohanes (Alto Andárax), dedicada al monocultivo de la uva tardía de Almería, las condiciones comerciales son particularmente difíciles, teniendo en cuenta la altitud y el relieve. La uva, ni lo suficientemente precoz ni lo suficientemente tardía, llega a su madurez en el período de mayor producción (fines de octubre, principios de noviembre) cuando son más bajas las cotizaciones. La pendiente y las dificultades de acceso a los campos dan pie también a los negociantes para dejar al viticultor la pesada carga de la vendimia y del transporte hasta el almacén. Finalmente, la producción resulta aquí más costosa y sensiblemente menos remunerada que en otras partes: en tal situación, la venta directa por el canal de las cooperativas aparecería como la única solución susceptible de mejorar el valor de las ventas.

De hecho, de una docena de cooperativas existentes (una o dos por municipio), dos o tres solamente juegan un papel efectivo. Las demás no manejan sino tonelajes insignificantes y no conocen apenas desarrollo. Pues bien, la diferencia fundamental que separa a estos dos grupos de cooperativas, unas puramente formales, otras en pleno crecimiento, parece residir esencialmente en su modo de formación y en sus prácticas de funcionamiento. Las primeras han sido propuestas «desde arriba» y de alguna forma introducidas como cuerpos extraños en el medio local. Equivocada o acertadamente, los campesinos no han visto ahí más que un marco impuesto desde fuera, en beneficio de una minoría de notables-fundadores más preocupados por

sus intereses personales que por los de la colectividad: el individualismo de los viticultores se ha encontrado con ello reforzado y el rechazo a la asociación ha sido inmediato.

A la inversa, las escasas cooperativas con éxito («Sierra Nevada» y «Cruz Blanca», en particular, en Canjáyar) han nacido de la misma base y de iniciativas campesinas espontáneas. La experiencia de una gestión equitativa y sin ambigüedades y una justa repartición de los beneficios han vencido progresivamente la desconfianza de los agricultores, llevados finalmente a participar activamente en la vida de la asociación. El individualismo ha conseguido ser superado, al fin, al precio de la persuasión por los hechos, resultante tanto de la demostración del interés bien comprendido de los asociados cuanto de la confianza puesta en responsables directamente surgidos de la población campesina.

Es un proceso similar el que explica el desarrollo de la «Cooperativa del Genal», en la Serranía de Ronda. Esta asegura actualmente con beneficios la comercialización de las castañas producidas en tres municipios (Igualeja, Cartájima, Parauta). El crédito aquí recae directamente en los agentes del servicio local de Extensión Agraria, cuyo mérito —ejemplar para nuestro propósito— ha sido el de haber sabido aprovechar un largo período de preparación de las mentalidades, de persuasión, para finalmente convencer a los campesinos de que tomasen ellos mismos la iniciativa de la asociación (al término de ocho años de discusiones...). Se trataba de hecho de demostrar lo bien fundada de la cooperación en el plano concreto de la técnica y de la economía, así como la buena fe de una ayuda exterior desinteresada. La intervención de los agentes del S. E. A. se ha limitado por largo tiempo a consejos prácticos sobre poda, injerto, etc., cuyos efectos benéficos han permitido ganar poco a poco la confianza de los agricultores. No ha sido sino después de esta primera etapa cómo ha podido ser abordada por un camino todavía muy precavido (reuniones de información, discusiones) la cuestión de la organización comercial de los productores. Tardía en imponerse, la asociación aparece en seguida tanto más sólida: al término de un año de funcionamiento recoge la adhesión de la casi

totalidad de los agricultores. Como prueba de su éxito existe desde ahora la preocupación unánime por aumentar su envergadura y extender su campo de acción a las otras producciones locales (principalmente cerezas).

El éxito de estas pocas experiencias y las modalidades como ha sido adquirido nos parecen ejemplares. Deberemos retener en particular la prudente lentitud —irritante, aunque indispensable— de su realización. Este largo camino, esta progresión por pasos prudentes a partir de pequeñas demostraciones concretas sucesivas expresa, de hecho, el enraizamiento gradual de la novedad en el elemento tradicional. La mentalidad campesina, hostil a toda precipitación sospechosa, no acepta la evidencia sino cuando se la pone a prueba en el medio local. En suma, la innovación no puede penetrar bajo la forma de una revelación revolucionaria, sino sólo a través de un injerto exitoso sobre la tradición. En otro plano, el de la intensificación y desarrollo de nuevos sistemas de producción, el éxito de los cultivos sobre arena o de los huertos de chirimoyos en el litoral responde en definitiva a condiciones comparables. La rapidez de su éxito ha podido hacerles calificar como de fórmulas revolucionarias. Es probable, por el contrario, que la facilidad de su progreso resulte principalmente del vínculo estrecho que conservan con prácticas tradicionales, experimentadas desde largo tiempo por el campesinado local. La innovación se resume, de hecho, en el perfeccionamiento y en la generalización de técnicas autóctonas: la novedad se nutre directamente de la tradición.

Numerosos argumentos intervienen en este sentido. Así, el éxito de las plantaciones de chirimoyos no es sino la explotación comercial de un árbol conocido desde antiguo (desde el siglo XVIII) en la región, y cuyas técnicas de cultivo eran ya dominadas por los campesinos, que han asegurado, por otra parte, la selección y la mejora de las especies (variedades Jete y Campa). A la inversa, en los mismos lugares, los progresos más modestos del aguacate, mucho menos familiar para las poblaciones locales, son sobre todo privativos de agricultores extranjeros y de explotaciones capitalistas.

El éxito de los cultivos hortícolas sobre arena no es menos significativo. Los progresos del riego, de notables resultados económicos, aparecen evidentemente como elementos esenciales que explican este brillante éxito. Sin embargo, la extrema facilidad de la difusión del procedimiento entre los agricultores de origen campesino no puede comprenderse sin referencia a la tradición: la técnica del «enarenado», conocida desde el siglo XIX en las costas granadinas, no es una novedad sino, por el contrario, una práctica familiar de virtudes desde antiguo verificadas.

Así, en una buena parte, estas nuevas agriculturas deben el éxito a su enraizamiento en la tradición: los productos cultivados, los procedimientos culturales, el modo de trabajo esencialmente manual, responden a viejos conocimientos y a antiguas prácticas campesinas. Pues bien, en las mismas regiones, los espíritus abiertos a la modernización técnica parecen, por el contrario, rechazar el desarrollo no menos indispensable de la cooperación. La yuxtaposición curiosa de estas dos actitudes opuestas cara a dos movimientos igualmente innovadores, ¿acaso no subraya la influencia decisiva de la tradición —ausente en el primer caso (la cooperación), en las fuentes del progreso en el otro—?

Debemos concluir, finalmente, en lo que concierne a la Andalucía mediterránea, con las pocas observaciones siguientes:

1. El paso del pequeño cultivo campesino «clásico» a la explotación campesina modernizada no puede fundarse más que excepcionalmente en la fórmula de la agricultura a tiempo parcial. Con demasiada frecuencia esta última se revela como una práctica desmovilizadora, basada en actividades demasiado alejadas de la agricultura familiar (migraciones largas, oficios del turismo), o, por falta de recursos complementarios suficientes en el seno mismo del mundo rural, como un paliativo mediocre, una etapa provisional antes del abandono agrícola. Desde este punto de vista, la región sufre, sobre todo, la impotencia de sus centros de población, muy escasamente provistos de actividades no agrícolas para poder sostener útilmente, pero sin desraizamiento excesivo, una agricultura con dificulta-

des, a la búsqueda de aportaciones complementarias financieras indispensables.

2. La vía de una intensificación decisiva de los sistemas de cultivo se impone, pues, como única solución. Si bien el descubrimiento de producciones específicamente adaptadas al marco de la pequeña agricultura campesina (fuerte inversión-trabajo y alta remuneración sobre reducidas superficies) parece posible con bastante frecuencia, el éxito supone generalmente importantes mejoras técnicas y el desarrollo de los movimientos de asociación. Parece ser que estos requisitos previos no pueden ser adquiridos sino a condición de respetar y de usar las cualidades campesinas tradicionales. La preocupación prioritaria por aprovechar *el vínculo tradición-innovación* podría muy bien constituir en estas sociedades una de las claves fundamentales del éxito.

3. En todo caso, el mantenimiento de una población rural joven es lo único susceptible de preservar el futuro. Este no puede quedar asegurado más que encontrando una solución al problema a veces ya agudo del celibato. En una primera fase, la creación de empleos femeninos en el campo (talleres rurales, pequeño turismo rural) podría favorecer el establecimiento de hogares jóvenes y, al mismo tiempo, hacerles beneficiar de complementos financieros interesantes, a través de alguna forma de agricultura a tiempo parcial no desarraigante. Así volvemos a encontrar de otro modo el importante problema de la animación del medio rural y de la diversificación de sus actividades a nivel de pueblos o de centros de población.

RÉSUMÉ

Après quelques précisions conceptuelles pour mieux définir ce qu'on doit entendre par exploitation familiale modernisée et sa distinction de l'exploitation traditionnelle, on analyse à travers de l'étude des cas concrets la virtualité des différentes voies de passage de l'exploitation traditionnelle à celle modernisée. En ce qui concerne l'agriculture à temps partiel on conclut que cette-ci devienne peu efficace et démobilisante en tant que formule de transition d'une à autre forme.

En raison de la paralysie du marché de la terre, la modernisation des exploitations de caractère familial ne peut pas être abordée qu'à partir de l'accroissement de la dimension superficielle. Seule l'intensification s'offre comme voie utile pour une telle transformation, basée sur deux leviers fondamentaux: une innovation technologique qui soit directement liée à la tradition, grâce au perfectionnement des techniques autoctones de culture; et l'association des efforts grâce à une authentique coopération pour la commercialisation des produits de l'exploitation.

SUMMARY

After a few conceptual clarifications in order to better define what is a modernized family farm and how it differs from a traditional farm, it is analyzed through concrete case studies the feasibility of the different modalities of passage from the traditional to the modernized farm. With regard to part-time farming it is concluded that it becomes inefficient and demobilizing as a formula of transition from one form to the other.

Because of the paralysis of the land market, the modernization of family farms cannot be tackled from an increase in size. Only intensification is offered as a useful way to such a transformation, based on two fundamental levers: a technological innovation that is directly linked to tradition, through the perfecting of native cultural techniques; and the association of efforts through an authentic cooperation for the marketing of the farm products.

